

El sujeto revolucionario en Roque Dalton

Patricia Alvarenga Venutolo¹

Recepción: 15 de noviembre 2011 / Aprobación: 23 de marzo de 2012

Resumen

Este artículo recorre la obra de Roque Dalton en busca de la representación que el autor ofrece de las subjetividades. Realiza un análisis de su visión histórica para explorar su concepto de pueblo, sujeto destinado a realizar la revolución socialista. Ambivalencias en distintos planos se evidencian cuando se profundiza en su propuesta histórica y poética. La intención del autor de rescatar el pueblo en el devenir histórico se estrella contra una rígida conceptualización que más bien lo convierte en una abstracción ahistórica. Contradicciones irresolubles aparecen entre su postura teórica marxista-leninista y su intención de dar protagonismo al pueblo. Su exploración poética de la subjetividad a partir del mundo vivencial, escapa a toda atadura teórica. Si bien en algunos de sus textos se destruye la revolución también otros la sacralizan.

Palabras claves

Revolución, literatura, historia, identidad, El Salvador

Abstract

This article goes through the work of Roque Dalton, looking for his representation of the subjectivity. It makes an analysis of his historical construction in order to explore his way of developing the concept of people, as a subject who were assigned to carry out the socialist revolution. The article focusses on ambivalences between Dalton's historical analysis and poetry. Also, it explores contradictions between his marxist-leninist theory and his proposal of giving an outstanding role to people. His poetical exploration of subjectivity, taking into account the individual experience, goes forward any theoretical tide. If in some of his texts he is severely critical to the results of socialist revolution in others he sacralized it.

Key words

Roque Dalton, revolution, literature, history, identity, El Salvador

¹ Doctora en Historia por la Universidad de Wisconsin-Madison. Académica de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Costa Rica e investigadora en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: palvaren@una.ac.cr

Resumo

Este artigo percorre o trabalho de Roque Dalton em busca da representação que o autor oferece das subjetividades. Realiza uma análise de sua visão histórica para explorar seu conceito de povo, sujeito destinado a realizar a revolução socialista. Ambivalências em diferentes planos são evidenciadas quando se aprofunda em sua proposta histórica e poética. A intenção do autor de resgatar o povo no devir histórico se choca com uma rígida conceituação que ao contrário o converte em uma abstração ahistórica. Aparecem contradições irresolúveis entre sua posição teórica marxista-leninista e sua intenção de dar protagonismo ao povo. Sua exploração poética da subjetividade a partir de um mundo vivencial escapa a toda atadura teoria. Enquanto alguns de seus textos destroem a revolução, outros a sacralizam.

Palavras-chave

Revolução, literatura, história, identidade, El Salvador

Introducción

Exploramos la construcción del sujeto revolucionario en la obra de un autor que ha dejado su impronta en la historia latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. En los últimos años han proliferado estudios tanto sobre la producción poética como sobre la participación en las luchas de la izquierda de esta singular figura. Su trágica muerte también ha sido objeto privilegiado en la reflexión académica sobre la relativamente corta, compleja, azarosa pero también altamente productiva vida de escritor de Dalton. Él, quien utilizó la ironía como uno de los instrumentos privilegiados en su quehacer poético, vio sellados sus días con una triste ironía. La guerrilla, señalaba el poeta decepcionado de las estructuras de poder, “es la única organización pura que va quedando en el mundo” (Dalton, 2004, 162). Alegando, entre otras acusaciones que era espía de la CIA, la organización guerrillera a la cual pertenecía, Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en 1975 lo condenó a muerte. Su identidad rebelde fue percibida como amenazante no solo por la derecha y sus fuerzas represivas, sino también, por sus mismos compañeros de la izquierda. Pese a sus excepcionales cualidades como creador y como revolucionario comprometido, su pasión por la vida bohemia, su carácter inquisitivo, su negativa a ajustarse a las morales establecidas por el Partido Comunista Salvadoreño (PCS), en el que militó hasta una época cercana a su muerte en 1974, lo convirtieron en un sujeto incómodo aun entre los suyos.

El cosmopolitismo de Dalton se aprecia tanto en su poesía como en su periplo. No es un continuador de la tradición cultural nacional. Busca en la llamada literatura universal las claves para innovar el registro poético de El Salvador². Educado con los jesuitas en el Externado de San José, el conservador colegio religioso por excelencia para niños ricos, muy joven tiene la posibilidad realizar estudios a Chile, visitar la Unión Soviética y Europa Oriental y, más tarde, como exiliado, vive en México, Cuba y Checoslovaquia³. Sin embargo, gran parte de su obra estuvo dedicada a su pequeño país, patria odiada y amada y, aun cuando la llegó a denominar expatria, su yo poético nunca logró expatriarla. Si bien no rompió con el PCS hasta 1974, en años previos, a través de su obra, se aprecia una posición crítica hacia esta organización que, siguiendo los pasos de la mayor parte de los partidos comunistas de América Latina se niega a ofrecer apoyo a la lucha armada. Al despuntar la década de 1970, después de trabajar durante varios años en la editorial Casa de las Américas, deja Cuba con el sinsabor de sus conflictos personales, que no dejan de ser de orden político, con sus compañeros en el Comité Editorial. Pero la experiencia previa en Checoslovaquia tampoco le significó un encuentro con el paraíso comunista, como se hace visible en una sus obras más apreciadas por la crítica, *Taberna y otros lugares*. Sin embargo, pese a esta experiencia, plasmada en su poesía, Dalton siguió cantando odas a la lucha revolucionaria.

Queremos explorar en las siguientes líneas su escritura en torno al sujeto revolucionario para proponer que en su escritura existen dos concepciones de la subjetividad que no dejan de ser contradictorias e incluso, irreconciliables. En su quehacer como escritor, desde que se integró al Círculo Universitario de Escritores constituido en 1955 por creadores jóvenes que proponían una estética que recuperara la problemática social del país, (Alvarenga, 2002, 39)⁴ protestó vehementemente contra los sacralizadores de sus predecesores en el oficio de escribir. Sin embargo, no deja de ser irónico que él también se convirtió en hacedor de ídolos, tanto en su intento de reinventar la nación salvadoreña, como en su labor de vocero de las luchas revolucionarias de la izquierda en el mundo y en América Latina. Por otra parte, en su obra nos encontramos con un yo poético que se rebela contra toda imposición de poder. El sujeto revolucionario se desmorona para dar cabida a una subjetividad irreverente ante los proyectos

2 “La salvadoreñidad de su obra no es provinciana...” (Menjívar Ochoa, 2005, 201).

3 Una detallada biografía de Dalton se encuentra en: Alvarenga, 2002.

4 El Círculo Universitario de Escritores se conoce como la “generación comprometida”, etiqueta que no fue del agrado de todos sus miembros. En 1962 Roberto Armijo se manifiesta en contra de tal concepto por cuanto le remite a los postulados de Ortega y Gasset con los cuales no se identifica. Señalaba que su generación se caracterizaba por el interés en el mundo social, en el rescate del ser humano, “ante el arte deshumanizador de la burguesía.” Armijo explica también que su generación se interesa por incursionar en campos extraliterarios como el político, el periodístico y el histórico (Armijo, 1962, 132).

institucionales de homogenización subjetiva. Proponemos que Dalton se movió en dos registros escriturales, uno de ellos, al servicio de la teorización marxista-leninista de su época y otro, que expresa su experiencia vital. Ambos ofrecen dos rostros “fragmentados” en cuanto aparecen como irreconciliables en su escritura. Empezaremos explorando un concepto fundamental en su narrativa de la historia: el pueblo, protagonista de las luchas sociales que, desde su óptica marxista, es hacedor de la historia. Posteriormente nos enfocamos en esos momentos de su poética en los que ese sujeto unitario entra en abierta contradicción con la experiencia narrada por la voz poética. Un sujeto crítico ante toda imposición del poder, incómodo frente a las distancias entre la retórica y la práctica del socialismo, hace explotar los discursos esencialistas sobre el ser que pueblan la narrativa de la izquierda de su época.

El sujeto pueblo

a. El pueblo en la historia

Dalton dedica parte de su producción intelectual a reflexionar sobre “el pueblo” ubicado en un espacio delimitado por las fronteras nacionales de El Salvador pero también desarrolla dicho concepto en un sentido más genérico, como el elemento consustancial de las luchas sociales en el mundo. En la narrativa de la izquierda latinoamericana la visión de Dalton es novedosa en cuanto otorga centralidad histórica a los conflictos sociales, concebidos como luchas de clases. Para entonces conceptos como “modo de producción”, “formación económico-social” conducen la atención del investigador social hacia las dimensiones estructurales, relegando a un plano secundario el papel del ser humano en la historia⁵. En la narrativa de Dalton esa humanidad capaz de transformar su historia se encuentra concentrada en el concepto denominado “pueblo”, cuyo sinónimo en su escritura es la palabra “masa”. Ante la inexistencia de una vigorosa clase obrera en América Latina, el pueblo, conglomerado compuesto por diversos grupos étnicos, regionales y ocupacionales que se caracterizan por su posición subalterna, representa el agente histórico que eventualmente protagonizará la revolución. Sin embargo, como veremos adelante, la utilización de masa como sinónimo de pueblo no deja incólume el lenguaje. Este último término, fue ampliamente desarrollado en el siglo XIX para

5 Celso Furtado (1974, 11) en su libro editado por primera vez en 1969, coloca el énfasis analítico en las estructuras económicas, retratando un mundo subalterno caracterizado por ser mano de obra real o potencial de las clases dominantes, actores en los limitados espacios que ofrecen las fuerzas impulsoras de la economía. Lindo-Fuentes, Ching y Lara-Martínez (2007, 115) advierten que el determinismo económico marxista prevaleciente en el mundo intelectual de Dalton no le impidió apreciar la capacidad del ser humano de incidir en su historia.

referir a aquellos que, se erigían como una amenaza al orden establecido entre el pueblo, conglomerado humano integrado al sistema político y el Estado. En la primera mitad del siglo XX los populismos, movilizaron incorporando a la vida política grandes grupos de sectores subalternos. El “pueblo” apareció entonces como el concepto que expresaba la existencia de una unidad esencial entre esta amplia diversidad de conglomerados humanos⁶. Sin embargo, en Dalton, conceptos ancestrales de pueblo y masa se confunden ofreciendo una visión ambivalente de esos sectores convocados a la revolución. En los textos en que indagamos su construcción del pueblo encontramos tanto la imagen de un conglomerado humano que comprende su papel en la historia, como la de una masa caótica, peligrosamente manipulable por la oligarquía⁷. Nos ofrecen un rico material para reflexionar sobre el significado que Dalton asigna a dichos conceptos en su reflexión histórica sobre su país los textos *El Salvador* (Monografía) y *Las historias prohibidas del Pulgarcito* cuyas primeras ediciones datan respectivamente de 1963 y 1974. Ambos narran la historia de El Salvador y son frecuentes los “palimpsestos” entre *El Salvador* (Monografía) y *Las historias prohibidas*. Sin embargo, hay diferencias importantes entre ambos. *El Salvador...* es un texto que tiene carácter didáctico, está escrito con gran claridad y sencillez. Ofrece una visión esquemática de la historia a través de una ágil narración de los sucesos que el autor considera “ilustrativos” de los momentos más significativos de la historia salvadoreña. En *Las historias* se advierte un autor de mayor madurez, que ha venido desarrollando una visión más compleja de la vida social. En esta obra Dalton pone en juego los discursos hegemónicos para mostrar cómo se construyen e internalizan las imágenes que distorsionan la realidad para legitimar la dominación de clases y condenar los actos de resistencia de los grupos sometidos. Combina poesía y prosa para extender el proyecto de la *Monografía*, integrando en lenguaje poético los acontecimientos en ésta narrados e intercalándolo con textos y poemas referentes a la cultura popular salvadoreña, las contradicciones de clase y las luchas que, en su criterio, constituyen el capital simbólico del mundo social que él denomina “pueblo salvadoreño”. En esta obra el autor hace gala de sus dotes literarias y explota el humor negro, el cinismo y la ironía que caracterizan su crítica pluma⁸. *Las historias...* ofrecen una perspectiva más compleja y rica del

6 “El populismo se inicia con la participación de las grandes masas en la política. Éstas no solo demandaron ser escuchadas en momentos excepcionales tales como rebeliones y revueltas, sino que exigieron ser parte del juego cotidiano del poder”. La política entonces ya no se restringe “a las reuniones y discusiones entre pequeños grupos de notables, hacendados y oligarcas” (Torre (de la), 2008, 7).

7 Señala Graciela Montaldo (2003, 165-186) que en la modernidad del siglo XIX el concepto masa, en oposición al concepto pueblo, refiere a una multitud ubicada en las márgenes de la nación, carente de identidad, irracional y peligrosa cuando no se encuentra bajo control de los legítimos integrantes de la sociedad.

8 Refiriéndose a la risa en Dalton, señala Luis Alvarenga (2002, 123): “Quien se tome en serio al entorno opresivo está condenado por cobardía...”.

poder que *El Salvador...*, centrando su mirada en la construcción hegemónica del mundo cultural. También nos interesa explorar en esta sección *Un libro rojo para Lenin*, cuya escritura la inició en 1970 en La Habana pero no llegó a ser publicado hasta mediados de la década de 1980 (Morales, 2001, 1). Este libro es posterior a *Taberna y otros lugares*, en el cual, como lo veremos adelante, un yo poético desencantado, iconoclasta frente a las verdades absolutas, pone en duda los resultados del socialismo en una Checoslovaquia previa a la invasión soviética de 1968. Sin embargo, en *Un libro rojo...*, escrito a inicios de la década de 1970 como tributo a Lenin en el centenario de su natalicio, tiene obvias finalidades propagandistas. Como lo veremos adelante, Dalton sacraliza la figura de Lenin y ofrece una visión del concepto pueblo congruente con *El Salvador...*

En los tres textos, el pueblo, denominado también “masa” aparece como conglomerado que comparte un destino común. Las contradicciones entre grupos étnicos distan de ser determinantes en la construcción de la categoría clase, fundamento de la historia (Lindo Fuentes *et al*, 2007, 130). Sin embargo, como lo señalamos anteriormente, *Las historias prohibidas* ofrecen una mirada más compleja de la historia y de la creación de la nación salvadoreña.

Para Dalton la historia vive en la contemporaneidad. El pasado está imbricado en el presente y por tanto la búsqueda de un proyecto de transformación social debe de partir de la historia. Pero también la historia importa al poeta desde otra perspectiva. Ésta contiene un capital simbólico que, manipulado por los representantes del poder, ha servido para dominar al pueblo. Recuperar la historia significa reconstruirla en aras de resemantizarla. Héroes, luchas sociales, batallas, son leídas desde la óptica de la contradicción pueblo-oligarquía y esta lectura, si bien no conduce a una “revolución historiográfica”, transforma los contenidos atribuidos a los hechos y acontecimientos memorables. Los íconos de la salvadoreñidad no quedan incólumes. En el conjunto de su producción literaria, lanza sus dardos contra los constructores de la cultura hegemónica. Renuncia a los patriotismos para mostrar la miseria simbólica que pesa sobre las sociedades coloniales y, en particular, la sociedad salvadoreña y convoca a una refundación de la identidad colectiva. El análisis histórico en Dalton tiene una evidente finalidad contemporánea: legitimar las luchas insurgentes del presente otorgándoles una dimensionalidad temporal.

En la introducción de *El Salvador...*, el pueblo es un concepto central o, al menos, el narrador pretende que lo sea. Colocar la mirada sobre el pueblo le permite otorgar centralidad a la lucha de clases aunque, como veremos

adelante, con frecuencia su “punto de mira” parece extraviarse⁹. En la coyuntura histórica de la conquista ya el pueblo aparece como actor y continúa manteniendo un papel protagónico en el resto de los procesos históricos considerados relevantes. Éste vive en permanente lucha “por hacer su propia historia” (Dalton, 1995, 9). “El pueblo” representa a una colectividad nacional que comparte un destino común pues ha tenido una historia compartida que deviene de un distante pasado y, en la actualidad, esa experiencia, fundante de la categoría “pueblo” se confirma ante la despiadada explotación de la oligarquía de “todos los sectores y grupos de la población” (Dalton, 1995, 147). La historia ha convocado al pueblo a llevar adelante la lucha revolucionaria que acabará con las asimetrías de clase en El Salvador. Dalton se pregunta: “¿Cómo luchó el pueblo salvadoreño contra el dominador español? ¿Cómo obtuvo su independencia y cómo consolidó la república?” (Dalton, 1995, 9). Es decir, en *El Salvador...* el protagonismo del pueblo no es una hipótesis a comprobar, es un axioma.

En el poema “Hablan los muertos de Vietnam” de *Un libro rojo para Lenin*, universaliza el concepto pueblo, pues los muertos de esta lucha ofrecen secretos que son igualmente válidos “para todos los pueblos del mundo” (Dalton, 2001, 94). El pueblo aparece como unidad esencial. En las revoluciones posteriores a la rusa, Dalton otorga al leninismo un papel central. Por ejemplo, Mao Tse Tung

siguiendo a Lenin definió al pueblo, ubicó
las clases y las capas sociales que forman el pueblo
y localizó así al enemigo nacional interno... (Dalton, 2001, 79).

Más adelante, en esta misma obra asegura,

la vida dejó de ser una historia personal (Dalton, 2001, 207).

En sus obras de carácter didáctico y épico el pueblo se impone al individuo. Éste aparece como una simple expresión de ese conglomerado. No será así cuando el yo poético afirma la experiencia subjetiva. Entonces ese sujeto plano y unidimensional se transforma en un sujeto complejo, particular, imposible de subsumir en una homogenizadora categoría identitaria.

⁹ En su prólogo al libro de Miguel León-Portilla, la historia como sinónimo de la historia de las luchas sociales, iniciaría con la conquista. Los españoles encontraron en estas tierras, de acuerdo a Dalton, seres esencialmente pacíficos. Asumiendo una identidad común con los indígenas antiguos, manifiesta: “fuimos violentados hasta la misma esencia por el transcurrir de una historia común, preidida por una relación de vencedores a vencidos, de explotadores a explotados” (Dalton, 1969, VII).

A diferencia de *Un libro rojo...*, en *El Salvador...* el autor se dedica a delinear el carácter de un pueblo que tiene como espacio de desarrollo las fronteras del actual estado salvadoreño. Clasifica las etnias indígenas que habitaban en el territorio que hoy se denomina El Salvador fundamentándose en estudiosos de la historia, ajenos al concepto de “pueblo” y a la noción de luchas de clases, como Rodolfo Barón Castro, Santiago Barbarena y Jorge Lardé y Larín (Lindo Fuentes *et al*, 2007, 114-128). Reconoce en la historia antigua la existencia de distintos grupos étnicos en el territorio que hoy comprende El Salvador pero éstos, en concordancia con los procesos de creación de identidades compartidas que caracterizan los proyectos nacionales de la modernidad, desde su punto de vista, se hallaban en un proceso de fusión. Por tanto, la identidad nacional ya se encontraba en ciernes en el mundo antiguo¹⁰. Ubicándose en el presente nos informa que los escasos indígenas existentes en el país son de origen pipil y, en menor medida, lenca. Sin embargo, no constituyen un grupo diferenciado del campesinado pues con éste comparte idénticas condiciones de vida y de explotación (Dalton, 1995, 18). En la lógica argumentativa, siguiendo el marxismo prevaeciente, el “pueblo” se deriva de la clase, la clase surge, naturalmente, como producto de la explotación y, por tanto la existencia del pueblo solo se comprende a partir de las luchas de clases¹¹. Es la categoría “explotación” la que le permite unificar en el concepto pueblo a ese conglomerado social que comparte la experiencia de la subordinación de quienes detentan el poder económico y, en esta forma, el pueblo salvadoreño aparece como un conjunto homogéneo que, como el resto de los pueblos del mundo, se encuentran destinados a llevar adelante la revolución contra la sociedad de clases. Pero, por otra parte, la identidad nacional dota de particularidades a ese pueblo en el contexto universal, se convierte en una especie de anclaje, recreador de lugares y espacios comunes que en el proceso histórico forman una cultura compartida. Es la identidad nacional el terreno en el que Dalton desarrolla la lucha por la hegemonía cultural.

En sus trabajos siguientes a *El Salvador...* irá colocando su punto de mira especialmente en lo que hoy llamamos los imaginarios compartidos, imaginarios contruidos desde el arte y, especialmente, la práctica literaria, advirtiendo

10 Pablo Antonio Cuadra reduce las culturas indígenas a la llegada de los españoles del actual territorio de Nicaragua a la chorotega y la nahuatl y sostiene la existencia de dos mestizajes: un mestizaje entre “elementos culturales indios muy dispares” y un segundo mestizaje entre las sociedad española y los pueblos indígenas (Cuadra, 2003, 77).

11 Ya en la década de 1960 E.P. Thompson ofrece una construcción histórica alternativa de las clases sociales mostrando la centralidad de los procesos culturales e históricos en su formación. A través del concepto de “experiencia”, muestra la centralidad de la vivencia subjetiva en los procesos de formación de las clases. Sostine Simon Clarke, refiriéndose al aporte de Thompson que “la cultura no es ningún nivel relativamente autónomo, es la manera en que la opresión de la clase se vivida y experimentada (Clarke, 1983, 146). Puede consultarse la obra clásica de E.P. Thompson, 1997.

sobre la importancia de refundar los cimientos culturales de la nación. Pero, si bien en *El Salvador...* el “etapismo marxista” es un eje básico de la narrativa, lo nacional es eje rector que da cuerpo al relato. En esta obra el pueblo reaparece como protagonista iluminado cuando tiene lugar la radicalización de las organizaciones laborales que culmina con la masacre de 1932. Las “masas” que Dalton llama “campesinas” se sublevaron en el Occidente del país. Al denominar a los insurrectos como campesinos, obvia sus especificidades culturales y, en particular, el papel de sus tradiciones culturales como cimiento de la insurrección. De esta forma sortea los problemas que limitan la homologación de los indígenas con el resto de los pobres del mundo rural, paso necesario para la creación de una salvadoreñidad fundamentada en la vivencia de la explotación. Posiblemente también incidió en la decisión de Dalton de utilizar el concepto “campesinado”, el hecho de que éste le permitía “limpiar” la historia de la insurrección de resabios coloniales, ubicando así en el mundo moderno las luchas del pueblo salvadoreño.

De nuevo “el pueblo” se subleva en 1944 para acabar con la tiranía de Martínez, culpable de la masacre de 1932. Dalton debe de haber conocido las profundas diferencias entre los “campesinos” de 1932 y la amplia coalición de grupos urbanos que conmocionó la nación en 1944¹². Sin embargo su concepto de “pueblo” alcanza tal nivel de abstracción que le permite obviar distancias abismales entre los participantes en uno y otro acontecimiento. Quizá esas distancias carecen de sentido ante su papel como actores de una sociedad con un destino trazado. Esa línea de continuidad en la historia de “las luchas del pueblo” está orientada a entroncarse con las luchas revolucionarias que en la contemporaneidad efectuará triunfante ese mismo conglomerado humano. Dalton no tiene tampoco problemas en encontrar una línea de continuidad entre el levantamiento del líder indígena de tiempos de la federación centroamericana, Anastasio Aquino y aquel que tuvo lugar en 1932. Las profundas distancias que hacen inconmensurables a estos movimientos no preocupan al autor. Los momentos de iluminación del pueblo, aunque afectan geografías y grupos diferenciados constituyen una experiencia acumulativa que se condensa en el espacio del estado-nación y que será aprovechada por generaciones futuras ubicadas en cualquier condición de subordinación en El Salvador.

Sin embargo, en las últimas páginas de su monografía, cuando Dalton coloca su mirada en la nación salvadoreña de su época, lamenta “la labor de despersonalización” contra el pueblo salvadoreño ejercida inicialmente por la dominación española y continuada por el imperialismo norteamericano en

12 Un sucinto análisis de ambos acontecimientos se encuentra en: Víctor Bulmer-Thomas (1996, 325-397).

contubernio con la oligarquía (Dalton, 1995, 180). Pero esta despersonalización que caracteriza la historia del pueblo, ¿no está acaso en abierta contradicción con ese pueblo consolidado como una unidad cuya historia es la historia de su creciente protagonismo en la lucha social? Quizá la respuesta se encuentre en la distancia entre su obligada pintura, como marxista-leninista latinoamericano, del pueblo como cemento ideológico que impulsa la revolución y su noción del pueblo adquirida a través de su propia experiencia vital en el mundo salvadoreño. En la última sección de su monografía el autor centra su atención en los “esclarecidos sectores” que llevarán a cabo la revolución. Entonces la lucidez se encuentra en el liderazgo de las organizaciones gremiales así como en “jóvenes creadores” que orientan su quehacer hacia la construcción de una “cultura revolucionaria”¹³.

Por otra parte, contradictoriamente, la promesa implícita de ofrecernos una historia fundamentada en el pueblo, dista de cumplirse a cabalidad. Como lo muestran Lindo-Fuentes *et al* (2007, 116), Dalton fundamenta buena parte de su reflexión histórica en estudios realizados por intelectuales que distaban mucho de interesarse en la lucha de clases y más bien se propusieron consolidar los valores hegemónicos. Una de sus fuentes, *Revolución comunista* del periodista Jorge Schlesinger, se propone mostrar mediante el análisis del levantamiento que tuvo lugar en 1932 en El Salvador, el peligroso proceso expansivo del comunismo en Centroamérica. Sin embargo, por otra parte, también basa su trabajo en una nueva generación de científicos sociales preparados en la Universidad de El Salvador y vinculados al PCS, dispuestos a ofrecer una visión alternativa de la historia que visibilice el surgimiento y desarrollo de las contradicciones de clase en El Salvador tales como Jorge Arias Gómez y David Luna (Lindo Fuentes, *et al* 2007, 122-129). Sin embargo, en su análisis de la historia de la vida política e institucional, el punto de partida: una “historia necesaria”, es decir, la búsqueda de una historia que responda a las demandas de la “evolución social”, limita la capacidad de trascender la narrativa histórica tradicional. Su discurso se orienta a describir las obras consideradas positivas o negativas de los hombres al mando del Estado. El mundo subalterno, “el pueblo”, permanece sumergido en la oscuridad hasta tanto de nuevo, el autor tenga la oportunidad de otorgarles protagonismo, pero ese “protagonismo” no deja de ser un artificio retórico, pues el pueblo continúa siendo una entidad abstracta. En el capítulo VI, Dalton refiere a la organización laboral de la década de 1920 estableciendo las fechas en que éstas se fundaron, su filiación

13 Arturo Arias advierte que los personajes de la novela *Pobrecito poeta que era yo...* la cual representa el mundo de la joven intelectualidad de la época del autor, “constituyen una elite. Por extensión, no pueden sino situarse más cerca de los grupos privilegiados que de esas masas a quien dicen representar, para quien dicen escribir, a quien buscan orientar, convencidos falazmente de que ellos están menos desorientados que las personas ordinarias” (Arturo Arias, 2005, 150).

ideológica y sus alianzas. Sin embargo, los procesos de construcción de una cultura laboral y gremial están ausentes, no solo por las limitaciones del conocimiento histórico existente en su época sino también porque, en lo que respecta a las organizaciones de trabajadores, lo “esencial” se encuentra en la existencia o inexistencia de conciencia de clase. En su visión histórica de inicios de la década de 1960, los matices, lejos de enriquecer la historia, parecieran “enturbiarla” pues desvían la atención de los ejes fundamentales de la dinámica social. La coherencia otorgada a las organizaciones laborales en una historia destinada a culminar en la revolución, sacrifica la visualización de su experiencia política y organizativa, elementos vitales para comprender opciones y potencialidades de agentes sociales subsumidos en el concepto “pueblo”.

b. El pueblo y su relación ambivalente con la revolución

En *El Salvador (Monografía)* ese pueblo constituido mediante la sublevación de los oprimidos en contra de la dominación española no tiene un desarrollo histórico lineal. Las férreas luchas indígenas narradas por Alvarado, son sucedidas por un extenso período de “adormecimiento” de “las masas rurales y urbanas” cuya conciencia es “deformada a su antojo por la iglesia católica” (Dalton, 1995, 33)¹⁴. Dalton afirma que la sociedad en el período colonial está dividida en diferentes “sectores”: españoles, criollos, indígenas, mulatos y unos cuantos negros¹⁵. Sin embargo, en *El Salvador...* esas diferencias que hoy consideramos étnicas parecen no tener incidencia en la conformación de ese todo homogéneo que denomina “masas”. Aunque establece que en los últimos años del período colonial San Salvador fue cuna de “inquietudes libertarias” expresadas en levantamientos de indios y de esclavos, carecemos de una explicación acerca de cómo se da la transición entre masas manipuladas y masas rebeldes.

En *Un libro rojo...* las luchas asiáticas contra el imperialismo y el capitalismo, son luchas de masas unificadas, las diferencias culturales entre los integrantes del “pueblo” no son dignas de tomar en cuenta. Sin embargo, una mirada incisiva sobre las diferencias étnicas se encuentra en “La clase obrera y el cura José Matías Delgado”, narración de *Las historias prohibidas...* en la que sostiene Dalton que:

¹⁴ Dalton realiza algunas pequeñas modificaciones a la sección de la Carta de Relación de Cortés que transcribe. Ésta se localiza en: Escalante (2000, 28-31).

¹⁵ También en este caso Dalton se fundamenta en una fuente primaria: el informe de 1807 de don Antonio Gutiérrez de Ulloa titulado “Estado general de la Provincia de San Salvador” (Dalton, 1995, 30-31).

un criollo pensaba que las mujeres mestizas eran gediondas; y un mestizo, sin dejar de pensar que los criollos eran unos vive bien y unos sinvergüenzas, no perdían la oportunidad de recordar que su abuelo había venido de Cádiz... Un mestizo sabía sin duda que las negras y las mulatas eran unas gediondas y que lo peor del mundo era ser indio... (Dalton, 1982, 187).

En *Las historias prohibidas...* un autor más liberado de los fundamentalismos marxistas, se acerca a las dinámicas del poder que no se explican, simplemente, aludiendo a la existencia de una unidad esencial entre los grupos subalternos. Las escisiones étnicas de los grupos subalternos, parecen encontrarse en abierta contradicción con su construcción del concepto pueblo. ¿Acaso podríamos ubicarlas como parte de las estrategias ideológicas de la clase dominante? Si fuera así queda por resolver cómo éstas se superan en los momentos gloriosos en que el pueblo asume la lucidez necesaria para participar en el desarrollo de la historia.

En *El Salvador...* fueron las “grandes masas populares” las que impulsaron las primeras luchas independentistas, distanciadas de los próceres, quienes representaban los intereses de la clase alta y, más bien, se ocuparon de apaciguar la rebeldía y de mediar en el conflicto canalizando la lucha hacia las Cortes convocadas por el pueblo español en el contexto de la ocupación napoleónica. En esta narrativa “las masas” como un todo homogéneo transitan de la manipulación adormecedora a la conciencia lúcida que los impulsa a luchar contra el dominio español. Entonces denuncia la conducta de los próceres quienes confiaron más en las Cortes que en el pueblo. En ese acto de denuncia las “masas” son representadas como un conjunto social que en sí contiene una especie de “sabiduría naturalmente adquirida” que debe de guiar la nación. Visualizamos a través de sus palabras la obra de Eugéne Delacroix *La libertad conduciendo al pueblo*¹⁶.

En su línea narrativa interesa extender la lucha de clases al pasado con el fin de mostrar que el “pueblo” cuenta con una experiencia acumulada en este terreno, experiencia que muestra que ha desarrollado la capacidad de enfrentar a la clase dominante para asestarle el golpe de muerte. La herencia de lucha social es acumulativa, se transmite a esa abstracción de pueblo o de masa, aun cuando haya estado concentrada en espacios geográficos delimitados y en grupos con tradiciones culturales específicas.

16 Esta obra representa la Revolución de 1930 de París. Al respecto puede consultarse: Burke (2005, 78-79). Según Nicolás Casullo, el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx confirma la revolución burguesa como la gran revolución de la modernidad. Mientras Marx asigna características identitarias a la burguesía, ese que arrastraría con el capitalismo, culturalmente no tiene rostro, identidad, virtudes, melancolías, ni falsas o ciertas morales (Casullo, 2006, 310-311).

En *El Salvador...* la “masa”, sinónimo de pueblo, es un todo homogéneo que, en este espacio de la historia actúa como conciencia lúcida de la nación o bien como simple objeto de manipulación, entonces pierde de vista sus objetivos, que resultan a los ojos del autor perfectamente discernibles pues las estructuras, los fundamentos materiales determinan las necesidades de las clases sociales. Ubicado en esta lógica del cambio social, el intelectual con toda propiedad puede determinar cuáles son las luchas “correspondientes” a los “grupos humanos” denominados “masas” o “pueblos” en el momento histórico en que les tocó vivir.

c. El pueblo y el poder hegemónico

Si bien en *El Salvador...* se advierte una idea de la historia dominada por las estructuras, por las necesidades mismas de un progreso inmanente que conduce hacia la revolución social, en la obra subsiguiente de Dalton la dimensión cultural concentrará su atención. La transformación radical de la cultura hegemónica aparece como indispensable predecesora y acompañante de la revolución. En esta dimensión, hay una importante ruptura con las esquemáticas construcciones marxistas de la historia. Los valores culturales hegemónicos son objeto de deconstrucción a través de su prosa y su poesía, valiéndose de las armas características de su pluma: el sarcasmo y la parodia. Por otra parte, Dalton se interesa por la dominación ideológica no solamente para señalar la capacidad de la clase dominante de “adormecer” al “pueblo”, sino también de escudriñar en sus dinámicas de operación, sus formas de expresión y, por supuesto, su capacidad de transformar y reinventar el acontecimiento histórico.

En *Las historias...* Dalton explota el tema del poder alejándose de las “necesidades” históricas para vislumbrar concretas características de la discursividad hegemónica. Se interesa por la forma en que se internaliza, se integra en la conciencia y promueve en el sujeto la creación de nuevas discursividades justificadoras de la dominación. Bajo el título “Del anticomunismo en 1786 y otros problemas de la lucha ideológica en la parroquia de San Jacinto, jurisdicción de San Salvador” de nuevo establece un parangón con el presente mostrando así que la reacción de los poderosos frente a las luchas del pueblo es una constante en la historia. En la narrativa el Visitador denuncia la arbitraria actuación del cura del pueblo indígena, hombre “vano”, “mentiroso” y “cruel”, quien sin fundamento alguno ha acusado de ejercer la brujería a un grupo de indígenas. No obstante conforme el Visitador se ve envuelto en la dinámica de poder entre la iglesia y el pueblo indígena, va transformando su postura hasta revertir sus declaraciones iniciales. Al descubrir los mecanismos colectivos

para resistir al poder de la iglesia que los indígenas han elaborado, reacciona violentamente contra ellos, abalando la acción del cura (Dalton, 1982, 15-22). El indio en este “anticomunismo de 1786” a todas luces es una víctima del poder del cura, parodia de la clase explotadora, pero el discurso narrativo lo va transformando en victimario. El autor muestra cómo un actor social en posición de superioridad puede tener alguna lucidez para visualizar las injusticias cometidas contra los oprimidos, hasta tanto ingresa en el engranaje de poder. Entonces su discursividad responde a los intereses propios de clase, y su capacidad de acercarse y, en alguna medida, comprender las injusticias de que son víctimas los subordinados, se pierde, transformándolos en victimarios y, por tanto, en objetos de represión.

En *Las historias prohibidas* el poder de la oligarquía, no puede equipararse con simple represión. Se trata, más bien, de un poder que se posesiona del espacio y de los cuerpos. Presentando al indígena como el ancestro del pueblo, establece un parangón entre la imposición del cristianismo a las sociedades conquistadas y la institucionalidad creada por la oligarquía y el imperialismo para mantener bajo su dominio al pueblo. Entonces, afirma, “se nos metieron en la cama y en la casa y en los poblados, entre las piernas y entre la piel...” (Dalton, 1982, 186) sugiriendo así un poder omnímodo que incide en la constitución del mundo y de los sujetos que lo pueblan.

c. El pueblo y el liderazgo

En *El Salvador...* si bien el pueblo urbano, rural, indígena, mestizo, del oriente o del occidente en el siglo XVI o en el XX, es sustancialmente el mismo, sus líderes, producto de la historia que les tocó vivir y contribuir a construir, poseen características particulares claramente vinculadas a su actuación política. Mientras el dirigente posee una fisonomía propia, el pueblo permanece como ente abstracto, he allí un elemento crucial de la narrativa histórica tradicional, positivista, que Dalton reedita. Las constantes menciones al pueblo, a su participación en luchas definitorias de la historia salvadoreña, no son suficientes para construirlo como sujeto de su destino. Por ello en su narrativa no hay una articulación entre el liderazgo y el pueblo. Es decir, las caracterizaciones del líder son independientes de esos representados carentes de rostro¹⁷.

17 Una reflexión sobre esa distancia entre ese pueblo-masa y la intelectualidad destinada a convertirse en su guía, se encuentra en el artículo de Montaldo previamente citado. El texto *Ariel* de José Enrique Rodó, fundacional en la representación de la latinoamericanidad y del papel del mundo subalterno en ésta, convoca a convertir la masa en sujeto, es decir, pueblo “para luego naturalizar el dominio sobre ella” (Montaldo, 2003, 174).

En las décadas siguientes a la derrota del imperio de Iturbide dos personajes dicotómicos disputarán el devenir histórico de Centroamérica: Francisco Morazán, adalid del progreso, la civilidad y el laicismo y el indígena Rafael Carrera, definido textualmente como “brazo armado de la más negra reacción” (Dalton, 1995, 61).

Dalton no renuncia a la tradición de los constructores de la historia oficial de juzgar a las figuras políticas por sus “obras de progreso”. Gerardo Barrios es el liberal esclarecido por su empeño en la modernización del Estado y del país en general y por su participación en la lucha contra el “agente imperialista”, William Walker.

Morazán y Barrios desempeñan una función “necesaria” para el progreso de la historia, función que es frustrada cuando el segundo muere y “los liberales comenzaron a hacerse conservadores” (Dalton, 1995, 50). El pueblo en estas historias aparece subordinado al liderazgo de ambos héroes. Una vez que ellos desaparecen los integrantes del pueblo “siguieron luchando en la oscuridad”. (Dalton, 1995, 50). Según el poema “Invocación” de *La ventana en el rostro*, cuando Anastasio Aquino asume el liderazgo de una de las luchas sociales más importantes del siglo XIX, encontró al pueblo “difuso, a las espaldas” por lo que debió asumir un papel paterno para convertirse en “descorredor de velos” (Dalton, 2009, 72). La distancia entre pueblo y dirigencia puede apreciarse en la siguiente estrofa de “Hablan los muertos de Vietnam” de *Un libro rojo...:*

Éramos un pueblo pequeño y nuestro presidente Ho Chi Minh,
discípulo de Marx y de Lenin,
nos enseñó como ir de lo pequeño a lo grande.
Primero vino el partido, el cerebro y el corazón de la lucha.
El partido de la clase obrera
que fue a hacer su labor en el mar de la población campesina
(Dalton, 2001, 95).

En el poema se establece una clara relación jerárquica entre el líder, quien posee la luz de la verdad y los sujetos destinados a la revolución. La sabiduría del pueblo reside en discernir el liderazgo a seguir.

Las historias... presenta una visión particular de las luchas indígenas protagonizadas por Anastasio Aquino, aunque lo hace a través de la mirada del Padre Navarro, a quien define como espía del gobierno. La figura de Aquino dista de ajustarse a la imagen del tradicional héroe nacional, siempre distante de diversiones y de transgresiones tales como el consumo de licor. La gallardía

con que asume su inminente muerte, permite a Dalton afirmar a Aquino como poseedor del valor simbólico de hombres dignos: el “honor”, convirtiéndolo en un adversario respetable frente a cualquiera que se precie de representar los altos valores de la modernidad (Dalton, 1982, 33-38)¹⁸. Aquino muestra un rostro de nobleza ingenua, infantil, cuando se somete a su compañera pero también un rostro fiero cuando se enfrenta al enemigo. Entonces se distancia abruptamente de cualquier rasgo femenino, que podría “contaminarlo de debilidad” imponiendo una imagen viril de sí. Aquino promete maltratar y matar a los ladinos, sinónimo de la clase dominante.

El dirigente indígena se transmuta “naturalmente” en héroe del pueblo. Como se señaló anteriormente, las luchas reivindicativas de un espacio geográfico y de una minoría étnica constituyen en esencia luchas que se suman a una especie de acumulación histórica de fuerzas que se concentran en el espacio del estado-nación dotando de energía a la entidad pueblo cuando nuevas condiciones lo llevan a la insurrección. En su poema “Orígenes” del poemario *La ventana en el rostro*, “nacionaliza” a Anastasio Aquino mezclando su nombre con espacios que simbolizan la nación salvadoreña: “Anastasio Izalco, Lempa Aquino” (Dalton, 2009, 64-65). Con estos cuatro nombres propios, una lucha desarrollada en un espacio específico por un grupo étnico particular, es nacionalizada y naturalmente vinculada a movilizaciones sociales que se llevan a cabo en otro contexto histórico y con otros actores sociales.

d. Patria y revolución

El espacio de la revolución es el espacio de la patria, de la nación. El socialismo soviético afirma la centralidad del concepto de nación. Las luchas anti-colonialistas prevalecientes a mediados del siglo XX, son luchas nacionales. La toma del poder lleva necesariamente a la toma del Estado, pero también a la “apropiación” de la nación. La patria, símbolo fundamental en la representación de la nación, se constituye en objetivo estratégico en su obra. En *Taberna...* el autor apunta hacia la desacralización de la imagen existente de El Salvador, ese país que

entre otras cosas, tiene el nombre más risible del mundo:
cualquiera diría que se trata de un hospital o de un remolcador
(Dalton, 2004, 70).

18 Valentía en el mundo de la modernidad es un elemento fundamental en la construcción del hombre civilizado en oposición al salvaje (Todorov, 1991, 133 y 173).

Dalton coloca en el espacio reservado a la sacralidad de la patria, el espectáculo banal, cargado de humor rojo, destinado a la entretención de las masas y, de paso, recuerda con sarcasmo, aquellas particularidades del espacio geográfico de la nación salvadoreña que no dejan de ser incómodas para los adalides de la grandeza de la patria. Rinde tributo a la Camiona, esa puta santaneca que salió airosa de un coito con Tuxon, el gorila del Circo Atayde y al Chino Pinto, quien se lanzó en paracaídas “sobre un territorio tan pequeño como el de nuestro país” (Dalton, 1982, 160). Con estas imágenes se propone arrasar con las supuestas glorias de la patria, construidas desde la historia oficial, mostrando a los salvadoreños que, en realidad, su país es pequeño no solo en tamaño sino también en acontecimientos dignos de orgullo.

En su poema “Dos retratos de la Patria” ésta es representada a través de la alegoría de una enana, sugiriendo al lector una relación metonímica con el pequeño tamaño del país y, a través del poema precedente, “Poemita con foto simbólica”, conduce al lector a establecer un vínculo entre la enana y la oligarquía, la cual, como madre espúrea, representada en la figura de la odiada madrastra, se ha posesionado de la patria. La enana, en su afán por lucir joven y atractiva, hace el ridículo mientras desprecia a sus propios hijos. (Dalton, 1982, 197-8). “Poemita con foto simbólica” expresa la rabia que, sustituyendo al adormecimiento ideológico, conduce a la revolución:

hay que acabar contigo gorda
asna con garras (Dalton, 1982, 197).

Destruir los íconos de la nación es parte sustancial de la construcción de un proyecto revolucionario. De allí que Dalton dirija sus dardos hacia los símbolos patrios sacralizados conduciendo a sus lectores a cavar hondo en esas representaciones con las que se pretende atar emocionalmente al sujeto a una identidad nacional compartida. Se requiere refundar la producción cultural para ver con claridad la fealdad, representada en dos versiones femeninas, de esa patria en manos de la oligarquía que domina la nación. Desatar la rabia colectiva que da fuerza vital a la lucha revolucionaria, demanda de una profunda transformación de la historia y, en general, de la producción cultural. La historia, insiste el narrador de *Pobrecito poeta que era yo* debe de ser derruida desde sus cimientos pues éstos se fundamentan en el engaño (Dalton, 1981, 15). La lucha simbólica es motor fundamental de la revolución y, en este sentido, Dalton aparece como profundamente gramsciano.

Uno de sus personajes de la sección “Todos” afirma que “entre nosotros gran artista será no aquel que solamente sea capaz de iniciar una tradición

moderna, sino quien pueda construirnos culturalmente hablando, un pasado... Nuestra tradición cultural es la cagada” (Dalton, 1981, 189). El proyecto de Dalton busca la verdad sobre la historia, destruyendo los falsos íconos sobre los que se asienta la nación. En su novela, durante una tertulia en el Café de Humanidades, participan como personajes literarios, intelectuales de su generación. La centralidad del pasado en la construcción de la identidad salvadoreña, y la propuesta de transformar radicalmente la escritura de este pasado aparece como un proyecto compartido por el círculo de poetas comprometidos al que Dalton pertenece. Ítalo, (haciendo alusión a Ítalo López Vallecillos) sostiene: “coexistimos pacíficamente con un pasado fabricado por nuestros propios enemigos” (Dalton, 1981, 254).

En general la ácida crítica de Dalton no solo abarca el mundo del poder político, también lo trasciende para llegar hasta quienes han tenido en sus manos la producción cultural. Ellos han sido en general complacientes con los intereses dominantes, ellos son responsables de la pobreza cultural salvadoreña y, en particular, de la incapacidad de los salvadoreños de advertir la miseria humana, más que material, en la que habitan. Esa realidad social que existe independientemente de quien la mire, es una realidad insoslayable. La lucha simbólica frente a ese orden deshumanizado es fuente que debe, necesariamente, nutrir la producción artística. La literatura que no pone en evidencia ese orden social deshumanizado, está destinada a la superficialidad. Cuando sus concepciones de mundo escapan a la “única y objetiva” verdad de la historia salvadoreña, el artista cae en la distorsión, la manipulación y la cursilería. Es decir, se trata de obras que, desde su perspectiva carecen de un contenido sustantivo pues los sentidos que las contienen no constituyen legítimas representaciones en cuanto carecen de una discursividad que haga dirigir la mirada hacia la “realidad” existente. En *El año de Gavidia* interpela a Francisco Gavidia reclamándole

que te construiste un túnel exclusivo
hacia el búnker de la métrica
y otro hacia el refugio antiaéreo de los Olimpos
de Grecia y de Tlapallan¹⁹ (Dalton, 1982, 100).

Gavidia utiliza entonces su dominio de la “técnica” de la poesía para crear un universo poético de irreductible distancia con la experiencia histórica de su país. En este poema le llama “viejito loco” El yo poético se revela en contra de esta figura considerada trascendental en las letras salvadoreñas diciéndole:

Por mi parte nada debo agradecerte
porque no me importa lo que has hecho (Dalton, 1982, 101).

e. Hacia la reinención de la identidad revolucionaria

Como es característico de los procesos revolucionarios modernos, el modelo socialista se propone reinventar el ser humano. Sin embargo, esta reinención no es tan radical como se ha enunciado. El ideal de un hombre nuevo, capaz de trascender la avaricia del capitalismo pero también de comprender los beneficios de ajustarse a las líneas dictadas desde el Estado revolucionario, comparte elementos sustantivos con la moralidad burguesa y católica. Los partidos comunistas afirman el ideal de la familia, e identifican la salud de la nación con el comportamiento sobrio y recatado de sus integrantes²⁰. En la obra *Un libro rojo...* se rinde homenaje a los máximos líderes de las revoluciones contemporáneas como forjadores de “hombres nuevos”. En ésta el ideal de la “clase” como fusión de seres humanos en una sola unidad, aparece como ideal incuestionable del proceso revolucionario y de la construcción del socialismo.

Es muy distinta la visión que Dalton ofrece del sujeto en su novela *Pobrecito poeta...* En ella concibe lo que hoy llamaríamos “cultura política” como una práctica de vida. Desde esta perspectiva la posición del sujeto frente al poder instituido está íntimamente vinculada con la construcción moral en su más amplia acepción. Los “blasfemos del bar del mediodía”, no se ocultan en la noche para transgredir. Su lucidez está en su ebriedad, en la pérdida del sentido que abre espacios a la construcción de nuevos sentidos. La crítica de los blasfemos intercala la sacralidad cívica con la sacralidad religiosa sugiriendo un vínculo entrañable entre ambas y proponiendo una crítica radical de dichos puntales de la construcción hegemónica. Un recuento de las más elevadas cualidades humanas, según el catolicismo, tales como castidad, benignidad, modestia, paciencia, mansedumbre, aparece intercalado con la abyecta pasión masculina expresada como “prurito anal” (Dalton, 1981, 20). Esta última expresión cumple una doble función en la narrativa de *Pobrecito poeta...* Por una parte, desacraliza los símbolos religiosos mezclando lo sagrado con lo espúreo y, por otra, establece una relación analógica entre la identidad salvadoreña y la homosexualidad concebida como perversión de la masculinidad, como la hombría perdida²¹. Toma el título de uno de los cuentos de Salarrué, “Semos

20 Al respecto puede consultarse: Clark (1997), Roseblatt (2000), Alvarenga (2007).

21 En *Pobrecito poeta...* la imagen del homosexual es utilizado para denigrar a la oligarquía y sus esbirros. Por ejemplo, uno de sus personajes, Álvaro habla del “club de homosexuales aristocráticos llamado ‘El arcoiris’ que funcionaba bajo el mando de un gallardo equipo de Baskéttboll...” (Dalton, 1981, 61).

malos” convirtiendo la expresión en un llamado a la rebelión. Su obra convoca a abdicar de las “buenas maneras”, a transgredir los límites impuestos a la “correcta expresión verbal”, para vislumbrar el universo de porquería sobre el que se asienta la nación salvadoreña. Desde esta óptica, se diluye el horizonte de la verdad y se abre el espacio a la construcción de una diversidad identitaria que escapa a las normas impuestas ya no solo por el sistema capitalista sino también por las instituciones de poder, aun cuando éstas se encuentren en el mundo socialista.

f. El sujeto y la libertad

La visión esencialista que permite definir identidades a partir del espacio que cada quien ocupa en la relación de clases, se esfuma en su novela *Pobrecito poeta...* y en el poemario *Taberna...* así como en buena parte de su restante obra poética²². Dalton continúa y amplía su línea crítica sobre la intelectualidad hegemónica pero, a la vez, estos libros representan un punto de inflexión en relación con obras como *El Salvador...* y *Un libro rojo...* La visión del pueblo unificado, claramente definido, cede lugar a una profunda crítica a la imposición identitaria. Beatriz Cortés agudamente dirige su atención hacia un verso del caótico conversatorio de *Taberna y otros lugares*: “Oh, baja el dedo didáctico” (Cortez, 2010, 110). He allí donde la relación jerárquica del líder con el pueblo/masa, se disuelve, abriendo hacia múltiples posibilidades el proyecto de reinención del futuro.

Su desencanto con el PC, resulta evidente a inicios de la década de 1970 en *Un libro levemente odioso*. En, uno de sus poemas dice

A mi me expulsaron del Partido Comunista
porque me excomulgaron de la Iglesia Católica (Dalton, 2005, 84).

En el poema siguiente, el cual data de 1969, el yo poético se confiesa ante un cura de izquierda con las siguientes palabras:

Me acuso, Padre
de haber caído en las laberínticas sinuosidades del revisionismo contemporáneo (Dalton, 2005, 84).

22 De acuerdo a Pedro Conde Sturla, en el poema “Taberna” el lector asiste a una “crítica feroz de la realidad socialista y de la misma teoría” (Conde Sturla, 2005, 183).

En cambio, en la obra *Un libro rojo...*, escrita hacia finales de la década de 1960, denomina como “enfermedad” (Dalton, 2001, 202) la visión “fracturada” de la obra de Lenin que ofrecen algunos de sus estudiosos y defiende enfáticamente la “unidad esencial del leninismo”. Tomando sus propios recursos expresivos podríamos decir que estamos frente a “visiones fracturadas” de la obra de Dalton pues, aun a inicios de la década de 1970, su discursividad sigue moviéndose en dos direcciones contrapuestas, irreconciliables. Una, en la que se fundamenta en los abstractos marcos teóricos de la revolución y, la otra, en la que el sujeto adquiere voz propia.

En la crítica a los partidos comunistas en *Un libro levemente odioso* Dalton resiente la renuencia de dichas organizaciones a continuar con el ejemplo cubano, brindando apoyo a la lucha armada en América Latina y, en particular, en El Salvador. En esta obra rinde tributo a la nación cubana (Dalton, 2005, 110). Sin embargo, hay indicios de que el poeta había tenido conflictos con las esferas de poder culturales en Cuba, los cuales no dejaban de ser expresión de su experiencia personal dentro del proyecto revolucionario cubano. En 1970 se ve obligado a renunciar como miembro del Consejo Editorial de “Casa de las Américas”, dura decisión para quien había construido una fructífera relación de colaboración con este vital centro difusor de la cultura latinoamericana (Mixco, 2005, 93-107). Su conflicto con la institución cultural explota cuando el poeta debe hacer frente a una serie de críticas a la política revolucionaria por parte de escritores latinoamericanos que participan en Cuba como jurados del premio “Casa de las Américas”. El poeta nicaragüense Ernesto Cardenal fue quien más explicaciones solicitó a Dalton acerca de la violación a las libertades sexuales y religiosas en Cuba y protestó, junto con otros escritores, porque no se les permitía relacionarse libremente con los habitantes de la isla. Dalton señaló en su carta que las demandas de Cardenal le parecieron “justas objetivamente” y, según su testimonio, ello le valió la acusación de contrarrevolucionario por parte del Consejo de Dirección de Casa de las Américas (Dalton, 1970, 14 y 16). Esta es la única evidencia acerca de la existencia de desavenencias entre Dalton y altos funcionarios cubanos. Aunque en dicha carta muy caute-losamente plantea su posición frente a las demandas de los escritores, en sus palabras se advierte congruencia con su renuencia a aceptar acriticamente las estructuras de poder del socialismo.

La crítica mordaz a los PC de *Un libro levemente odioso*, podría suponerse, refiere a aquellas organizaciones de los países latinoamericanos que, no en pocas ocasiones, hicieron deshonorosos pactos con las oligarquías y, como entes burocratizados, han envejecido en su capacidad de propuestas

renovadoras²³. Sin embargo, *Taberna...*, cuya escritura precede al texto anteriormente citado, da cuenta de la experiencia del autor en el socialismo europeo donde tampoco los partidos comunistas reinantes salen bien librados de su filosa pluma²⁴. En su poema "Taberna" de 1966, a través de múltiples voces intercaladas en una activa noche bohemia en la Taberna U'Fleku de Praga, domina el desencanto hacia la sociedad socialista. Las luchas de clase que ocurren en el resto del mundo no importan a una comunidad más interesada en el consumo y el bienestar personal que en la reflexión acerca del cambio social.

En *Taberna* el autor representa el socialismo como sistema anquilosado, donde el interés individual, el cinismo de los funcionarios públicos, han sustituido el dinamismo político, y los poetas han perdido su capacidad para imaginar un mundo mejor. Pero el desencanto no significa la renuncia a la revolución. Sobrevive la esperanza de que las luchas armadas por el socialismo una vez triunfantes en América Latina, tendrán un mejor destino. Entonces dice una de las trasnochadas voces de U'Fleku:

Ironizar sobre el socialismo
parece ser aquí un buen digestivo,
pero te juro que en mi país
primero hay que conseguirse la cena (Dalton, 2004, 156).

Pobrecito..., es una obra excepcional en la prolífica producción de Dalton, pues al poeta su escritura le toma varios años. Según Eraclio Zepeda, ésta fue iniciada en Praga en 1965 (Dalton, 2004, 17). En 1967 Ítalo López en carta a Dalton le contaba que habían caído en sus manos "fragmentos" de su novela, sin embargo, la obra no será concluida hasta ya avanzada la década de 1970 (López, 1967). De acuerdo a Rafael Lara-Martínez dos primeros manuscritos de la novela circularon en 1964, pero no fueron publicados por carecer de apoyo editorial. Señala Lara-Martínez que hay una distancia significativa entre la obra que hoy conocemos y aquellos productos iniciales de los cuales, se han perdido secciones completas. Los palimpsestos entre escrituras que datan de distintos momentos temporales, no permiten ubicar como parte de una etapa final de su obra, la fuerte crítica que en ésta se percibe ya no solamente al PC sino también a la imposición de moldes subjetivos por parte de quienes dominan las estructuras de poder. En ésta encontramos a un Dalton más cercano a

23 Una síntesis histórica de las relaciones de los comunistas con los estados latinoamericanos se encuentra en: Anderle (1990, 565-609).

24 Rafael Menjívar Ochoa considera que "aunque *Taberna...* es uno de sus libros más celebrados, es también el que menos se ha estudiado desde el punto de vista estético, tal vez por su carácter contradictorio, que niega al Roque Dalton Monolítico que se ha pretendido construir *post mortem*" (Menjívar, 2005, 200).

las reivindicaciones contemporáneas de las luchas identitarias que a los tradicionales discursos revolucionarios. Ello no significa que se solidarice con minorías sexuales, o con movimientos feministas. Es interesante que Lara-Martínez advierta en una de sus primeras propuestas de la obra la presencia de una voz femenina autónoma²⁵. En cambio, en la versión publicada, sus personajes centrales son masculinos y las mujeres aparecen como otredades, objetos amados, objetos de placer, distantes de un mundo masculino que logra articular una intimidad reflexiva. En su obra tampoco existe una propuesta de apertura hacia la sexualidad transgresora. El homosexual es definido peyorativamente como “maricón” y está asociado con las características negativas de aquellos llamados a representar una sociedad injusta e hipócrita²⁶.

No obstante, los personajes de *Pobrecito poeta...* ponen el dedo en la llaga cuando critican las cárceles identitarias creadas por el “realismo socialista” y reivindican el derecho a desbordar los moldes impuestos a las subjetividades desde el poder, moldes que, a fin de cuentas, se reproducen en las sociedades donde ha sido declarada la hegemonía proletaria. Esta construcción identitaria se distancia del concepto “pueblo”, para ofrecer una visión compleja y ajena a la simple dialéctica del papel del ser humano en la historia. En la última sección del libro, “José. La luz del túnel”, el narrador y personaje principal, José, representa la experiencia en las tenebrosas cárceles salvadoreñas de Roque Dalton así como su sensacional escapatoria burlando una estricta vigilancia, después de la cual se refugia en Cuba. José, en medio de la fuerte presión de sus carceleros por hacerle confesar, medita sobre el proyecto socialista, e imaginando un diálogo con Bertold Brecht, le solicita un párrafo sobre “la autonomía del drama individual” y le recuerda que los seres humanos somos “seres irrepetibles” (Dalton, 1981, 428).

En la obra se impone una mirada crítica al socialismo, especialmente a los llamados “estados proletarios” de Europa Oriental. Esa mirada está profundamente permeada por la discursividad ensayada entonces por los movimientos estudiantiles que conmocionaron las sociedades occidentales. La sección “Mario. La destrucción. Diario” explora en la intimidad de uno de los integrantes

25 Para entonces el autor creaba personajes representativos de los poetas de su generación e incluso había concebido en el segundo manuscrito, del cual, desgraciadamente, hoy solo se cuenta con una versión mutilada, una sección dedicada a una mujer: Vilma. En la edición póstuma la voz femenina autónoma desaparece y sus principales personajes, según Lara Martínez, con la excepción parcial de Mario, son dominados por un “Yo roqueano disgregado” (Lara Martínez, 2005, 194).

26 En algunos poemas Dalton denuncia el abuso sexual que sacerdotes efectúan con los estudiantes del colegio en el que realizó la secundaria. El autor no establece distancias entre tales abusos y las prácticas homoeróticas. Ello contribuye a explicar su manifiesta homofobia y su recurrente tendencia a utilizar la homosexualidad masculina como símbolo de los elementos del mundo social que él llama a repudiar (Dalton, 2009, 49-51 y 76-77; Dalton, 2000, 53).

de la joven intelectualidad salvadoreña. Se trata de un joven sensible, que sufre el trágico destino de su país. Mario se resiste a calzar, ya no en el sistema, sino en sistemas. A través de este personaje el autor ensaya una perspectiva crítica del proyecto socialista. La coherencia que conducía desde la dominación oligárquica a la revolución socialista, evidente en obras como *El Salvador...* ya no tiene espacio. Mario expresa una posición crítica a la propuesta imperante de construcción del cambio social cuando afirma lo siguiente: “El socialismo debería significar progreso hacia el placer. Y es en esto donde uno tropieza con el impenetrable ceño fruncido de la conciencia disidente” (Dalton, 1981, 236). Esta aseveración no deja de remitirnos al carácter iconoclasta de la rebelión estudiantil de París en mayo de 1968, en la cual sus participantes le abrieron al deseo un espacio en el terreno político²⁷.

Cuando Roberto, amigo de Mario sugiere a éste que estudie marxismo, él se resiste pues no está dispuesto a cultivar hipócritamente “una buena cara de seminarista rojo” (Dalton, 1981, 245). Afirma su renuencia a obedecer dictados de partido con las siguientes palabras: “el compromiso que yo amo es el más espléndido ejercicio de la libertad” (Dalton, 1981, 270). Con sarcasmo, atribuye a los comunistas la frase: “Todos los hombres son iguales” para concluir “pero hay algunos que son más iguales que otros” (Dalton, 1981, 288).

Mario dirige su crítica hacia la llamada literatura proletaria reflexionando lo siguiente: “La esencia del realismo es melodramática. Eso es lo que me aterra del marxismo y los marxistas: no son la unidad del talento y doctrina en que yo había pensado. Una de dos o dejan muchas cosas en el tintero por razones de conveniencia o sobre llevan el contrasentido de ser los ciegos que hablan siempre en nombre de la lucidez” (Dalton, 1981, 294). Mario denuncia el poder que domina el pensamiento y la creación literaria y se revela contra el proyecto de construcción del hombre nuevo, “hombre socio-partido” (Dalton, 1981, 295), un ser humano que ve cercenadas sus potencialidades críticas y creativas, lo cual, “suena a viejo, a reaccionario, huele mal”. En su óptica las llamadas “sociedades proletarias” carecen de vitalidad, de proyección de futuro, ancladas en las estrategias de poder del mundo social que, según su retórica, se han propuesto enterrar. El relato nos conduce a las íntimas reflexiones de este personaje acerca de su derecho a conservar su rebelde identidad, negándose a ser parte de patrones pre-establecidos. Sostiene enfáticamente: “No quiero ser otro... sinvergüenza: porque, además, nadie puede ser otro. Porque me siento responsable de lo que soy es que me he adaptado a mi mismo.

27 Una de las consignas de mayo de 1968 decía: “Tomo mis deseos por realidades, porque creo en la realidad de mis deseos” (Hobsbawn, 2001, 334).

Por ello no soy solo un fantasma, un remedo de humanidad, por eso aún estoy vivo” (Dalton, 1981, 348).

Afirma su fe en ese ser humano que lucha por sus propias convicciones y no por imposiciones. Al referir a la dramática situación de sus amigos víctimas de la represión militar afirma: “presos, perseguidos ...” y se pregunta “¿Y yo? ¿Por qué?” (Dalton, 1981, 348). Mario acaba con su vida. Su suicidio, ¿fue causado por la culpabilidad experimentada porque sus amigos arriesgaban su integridad física y e incluso su vida mientras él, imbuido en sus pensamientos, permanecía ajeno a la represión? Esta culpabilidad que se sugiere en su expresión final: “¿Y yo? ¿Por qué?” ¿Tendría acaso que ver con la frustración de descubrir a través de sus reflexiones íntimas que su identidad, ya fuese en la sociedad capitalista o socialista, estaba destinada a la opresión y a la marginalización?

Conclusiones

Hemos recorrido la obra de Roque Dalton intentando hilvanar en ésta la construcción del sujeto revolucionario. Lejos de hallar en su obra una postura coherente en relación con este tema, encontramos visiones no solo distintas sino también irreductibles. El autor de *El Salvador...* aun cuando se propone dotar de protagonismo al mundo subalterno, lo sitúa como un actor social plano y homogéneo, pero también contradictorio. El pueblo aparece abriendo el camino hacia el progreso de la humanidad y, a la vez, como conjunto amorfo e indefinido, como masa que debe de ser guiada hacia la verdad. Desafiando las prevalecientes concepciones marxistas de su época que construyen una historia fundamentada en las estructuras, Dalton pone su atención, ya a inicios de la década de 1960, en la lucha de clases. Ésta aparece como eje rector de la historia que, dentro de una visión lineal del progreso, conducirá hacia el triunfo de la revolución. Su construcción extra-histórica de ese pueblo/masa, hacen inaccesible su rostro. El pueblo/masa, conjunto abigarrado de seres humanos fundidos en una sola identidad, ente abstracto, se sobrepone al discurso histórico y lo subsume en una narrativa teleológica. En el texto *Un libro rojo...* el pueblo/masa, que el autor pretende presentar como “protagonista” de las revoluciones socialistas, repite su papel indefinidamente en los distintos países del globo. Las diferencias culturales se disuelven frente a la aplastante presencia de la explotación. Esta reduce distancias de tiempo y espacio homogenizando a quienes el destino ha convocado a llevar adelante la última de las revoluciones de la modernidad. *Las historias prohibidas...* no deja de ser una especie de palimpsesto de *El Salvador...*; sin embargo, en esta obra Dalton

hace sentir sus dotes poéticas impregnando la obra con la picardía, el humor, la irreverencia y el sarcasmo que caracterizan su quehacer literario, herramientas con las que trasciende la obligada teorización en que delimita *El Salvador...* En *Las historias prohibidas...* ofrece una visión más compleja del mundo social y, en particular de relaciones de poder que se desarrollan en el proceso histórico. A través de éstas se acerca a un sujeto subalterno más liberado del “deber ser” que impone la rígida teorización marxista y empieza a trazar las formas de subjetividades subalternas que pueblan la historia de El Salvador.

También encontramos una relación ambivalente entre ese pueblo abstracto, carente de rostro y la centralidad que Dalton otorga a la dimensión cultural. Desde esta perspectiva un Dalton gramsciano advierte las trampas que la construcción de la nación ha impuesto a la conciencia de los habitantes de El Salvador, pero también advierte las potencialidades que una reinención de la nación y del nacionalismo ofrecerían al proyecto revolucionario. Quizá esa es una de las razones por las cuales en toda su obra tiene un espacio de privilegio la patria, como ese referente al mundo propio, del cual, contradictoriamente, quienes a él pertenecen, han sido violentados y expulsados en nombre de esa madre monstruosa: la oligarquía. Pero la patria de Dalton no es la del regionalismo o el folclor. Su nacionalismo es cosmopolita así como lo es su bagaje literario. Convoca a destruir los íconos de la política y la cultura con el fin de refundar la nación abriendo las vías hacia la criticidad de quienes han incidido en la construcción de la nación y, en particular, la cultura. Irónicamente también Dalton, cuando asume la identidad normada del “intelectual revolucionario”, se convierte en creador de santos laicos. No obstante, sus textos poéticos en los que se impone su mundo de experiencias, evidencian cuán fácilmente las grandes figuras pueden ser destruidas al caer en su pluma iconoclasta.

Cuando Dalton abandona ese mundo épico, destinado a dar a conocer el proyecto de transformación social de la izquierda, hace explotar ese sujeto homogéneo. Los proyectos de transformación revolucionaria no han escapado de la cultura hegemónica de la modernidad. Al contrario, la construcción de un hombre nuevo rescata virtudes morales características de las sociedades burguesas. Dalton es un precursor en la deconstrucción de ese sujeto unitario. La rica experiencia de la década de 1960 impregna su obra. En *Taberna...* y *Pobrecito poeta...* advierte que el mundo de la política no se reduce a la esfera de la disputa por la participación o el control del Estado. El sujeto rebelde lo es en todas las dimensiones de su vida. En estas obras, cada espacio vivencial que le es dado e impuesto al sujeto, es un espacio destinado a sucumbir ya sea por la risa irreverente, arrasadora del más serio de los constructos racionales, o por el exceso de los placeres que, en su transmutación del sentido

común, termina por iluminar dimensiones insospechadas del mundo experiencial. Encontramos dos escrituras contrapuestas en Dalton que expresan dos funciones autoriales, sin posibilidad de síntesis. El autor que se propone mostrar la validez de una teorización ya construida y el autor que explora en el mundo relacional la posibilidad de libertad del ser humano.

Bibliografía

- Alvarenga, Luis. (2002). *El ciervo perseguido*. Roque Dalton. San Salvador: Concultura.
- Alvarenga, Patricia. (2007). Sexualidad y participación política femenina en la izquierda costarricense. *Intercambio. Revista sobre Centroamérica y El Caribe*, 4 (5), 231-267.
- Arias, Arturo. (2005). Su ejemplo y nuestra responsabilidad. *Revista Cultura*, (89), 149-152.
- Anderle, Adam. (1990). El populismo. En Lucena Salmoral, Manuel y otros (Eds.). *Historia de Iberoamérica. Tomo III*. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Armijo, Roberto. (1962). Apuntes sobre la generación comprometida. *La Universidad*, 1, (4), 123-137.
- Bulmer-Thomas, Víctor. (1994). La crisis de la economía de agroexportación. (1930-1945). En Acuña Ortega, Víctor Hugo (Ed.). *Historia General de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras*. San José: Flacso.
- Casullo, Nicolás. (2006). Karl Marx y Charles Baudelaire: los fantasmas de la Modernidad. En Nicolás Casullo, Ricardo Forster; y Alejandro Kaufman (Eds.). *Itinerario de la modernidad: Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Furtado, Celso. (1974). *Formación económica del Brasil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Clark, Anna. (1997). *The Struggle for the Breeches. Gender and the Making of the British Working Class*. Berkeley. Los Ángeles, London: University of California Press.

- Clarke, Simon. (1983). El humanismo socialista y la crítica del economismo. En Johnson, Richard y otros (Eds.). *Hacia una historia socialista*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Conde Sturla, Pedro. (2005). Ensayo de interpretación de la obra de Roque Dalton. *Revista Cultura*, (89), 153-198.
- Cortez, Beatriz. (2010). *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F y G Editores.
- Cuadra, Pablo Antonio. (2003). El indio que llevamos adentro. En *Ensayos. Vol. I*. Managua: Fundación Vida.
- Dalton, Roque. (1969). Prólogo. En León-Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos*. La Habana: Casa de las Américas.
- Dalton, Roque. (1982). *Las historias prohibidas de Pulgarcito*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Dalton, Roque. (1981). *Pobrecito poeta que era yo*. San José: EDUCA.
- Dalton, Roque. (1995). *El Salvador (monografía)*. San Salvador: UCA Editores.
- Dalton, Roque. (2001). *Un libro rojo para Lenin*. San Salvador: UCA Editores.
- Dalton, Roque. (2004). *Taberna y otros lugares*. San Salvador: UCA Editores.
- Dalton, Roque. (2005). *Un libro levemente odioso*. San Salvador: Uca Editores.
- Dalton, Roque. (2009). *La ventana en el Rostro*. San Salvador: UCA Editores.
- Escalante Arce, Pedro. (2000). *Cartas de relación y otros documentos. Pedro de Alvarado, Diego García de Palacio, Antonio de Ciudad-Real*. San Salvador: Concultura.
- Hobsbawn, Eric. (2001). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Huezco Mixco, Miguel. (2005). Cuando salí de La Habana... *Revista Cultura*, (89), 93-108.
- Lara-Martínez, Rafael. (2005). Por la puerta del fuego. Pobrecito poeta que era yo...de Roque Dalton. *Revista Cultura*, (89), 188-198.

Lindo-Fuentes, Héctor; Ching, Erik; y Lara-Martínez, Rafael (2007). *Remembering a Massacre in El Salvador. The Insurrection of 1932, Roque Dalton and the Politics of Historical Memory*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Menjívar Ochoa, Rafael. (2005). Un artículo levemente odioso. *Revista Cultura*, (89), 199-212.

Montaldo, Graciela. (2003). Entre la masa: dinámica de sujetos en el siglo XIX. En Schmidt-Welle, Friedhelm. (Ed.). *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana.

Morales, Arqueles. (2001). Prólogo. En Dalton, Roque. *Un libro rojo para Lenin*. San Salvador: UCA Editores.

Rosemblatt, Karin. (2000). *Gendered, Compromises, Political Cultures, and the State in Chile, 1920-1950*. North Carolina: The University of North Carolina Press.

Thompson, Edward P. (1997). *La formación histórica de la clase obrera*. Barcelona: Laia.

Todorov, Tzvetan. (1991). *Nosotros y los otros*. México, D.F.: Editorial Siglo XXI.

Torre (de la), Carlos. (2008). ¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer? *Estudios interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, 19 (2) 7-28.

Fuentes del Archivo de Roque Dalton en el Museo de la palabra y la imagen. San Salvador.

“Carta de Ítalo López a Roque Dalton”, San Salvador, 9 de octubre de 1967.

“Carta de Roque Dalton al Partido Comunista de Cuba”, 7 de agosto de 1970.